

GRANADA CIUDAD DE BARRO Y ORO

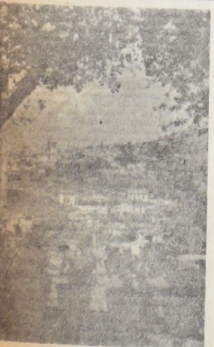
Por F. Gil Tovar, Especial para EL SIGLO



El encaje de los "atauriques" de la Alhambra se hace patente, más que en ningún sitio, en estos arcos del célebre Patio de los Leones, centro de la residencia particular de los sultanes granadinos. (Siglo XIV).

CADA segundo día del año los granadinos de la vieja Granada española se congregan ante los balcones de su Ayuntamiento para ver tremolar el histórico pendón de Castilla, estandarte real de Isabel y Fernando que allá, en la misma fecha del año de gracia de 1492, en que España consiguió su total unidad sin la cual no hubiera podido alumbrar la empresa colombiana, llevada a feliz término en octubre de aquel venturoso año, ondeó en la Torre de la Vela de la fortaleza de la Alhambra, en las manos de Fray Hernando de Talavera, primer Arzobispo de la Granada ya cristiana. Granada se abre a la cristiandad, pues, al mismo tiempo que América, desde su fundación había permanecido bajo el dominio musulmán, del que había llegado a ser un baluarte firmísimo desde los puntos de vista de la estrategia, de la cultura y de la política; como cabeza de uno de los reinos de taifas en que se atomizó el imperio árabe en la España medieval. Así, Granada fue musulmana durante toda la Edad Media y solo a partir de la Moderna empezó a ser cristiana. Solo 461 años de la nueva civilización —que se cumplen hoy— contra unos siete siglos aproximadamente de pertenencia a la vieja pesan aún lo suficiente en su fisonomía espiritual y física como para que sea una de las ciudades más personales de toda Europa y aún de todo el mundo.

Pocos años habían de transcurrir para que de aquella tierra (todavía bajo la enorme influencia cultural de los moriscos sometidos al poder político de Castilla y a la Religión Católica consustancial a la fuerza que los arrolló) saliera para ésta el licenciado Jimenez de Quesada, el que iba a abrir una Nueva Granada que aún hoy tanto recuerda a aquella vieja en que, por cierto —si mal no recordamos— no existe, no ya un monumento sino una mala calle, que honre la memoria



Desde un típico "carmen" de la Alhambra se domina el barrio árabe granadino: El Albacín.

del granadino que conquistó y dió su primer nombre a la actual República de Colombia.

Si hay un arte de visitar ciudades, dentro de él ha de haber necesariamente un capítulo especial para Granada, fiel todavía a la línea de su tradicional indolencia de marca árabe, al doble signo de su historia y a cierta gravedad que es la pieza de sorpresa para el extraño que llega hasta ella —en el corazón de Andalucía— pensando en que allí ha de encontrar a cada paso el jolgorio folklórico andalucista sin el cual no se concibe en el extranjero la existencia en el sur de España.

En ese capítulo de sugerencias al modo de ver Granada podría hablarse de lo conveniente que resulta iniciar su visita desde bastante antes de llegar, desde la misma vega —la sabana de la Granada española— donde los ejércitos cristianos de Isabel y Fernando la desearon día tras día en aquel año cargado de promesas que fué el de 1491.

Como aquella hueste que hizo le-

yenda del último reducto nazari en las épicas jornadas del cerco, así debería-epicas imaginar un rato antes, no bien mos atrás la histórica Santa Fé, un dejado resumen de cal y oro bajo el tapiz de un cielo casi siempre brumido y ra-de un bosque azul. Aparecerá pronto la blosamente agazapada de un amplio case-rión con la joroba blanca del Albacín y erizado de campanarios y cipreses, y la verdidreña de la Alhambra, siem- pre jugando a tornasoles. Viéndola así, de lejos, se pueden pasar unos mi- nutos entregado a la recreación de aquella magnífica Granada legenda- ria.

Pero hay que entrar enseguida para perderse en la tentación de cada reco- vevo, de cada fuente alhambrena, de cada patio musulmán o de cada riquísimo templo cristiano. Y todo esto hay que recorrerlo a pie y con paz en el alma. Al hablar de cierta vieja ciudad africana, el gran novelista Pedro Antonio de Alarcón, recomendaba visitarla acompañándose de un amplio ramo de flores a cuya sensual fragancia se rendirían los cicrones con más facilidad que al prometedo sonido del metal. Claro es que esto lo decía en pleno siglo del Romanticismo: yo puedo ase- verar justamente lo contrario como consecuencia de mi visita, hace pocos años, a la misma ciudad. Y digo esto como botón de muestra de la elas-

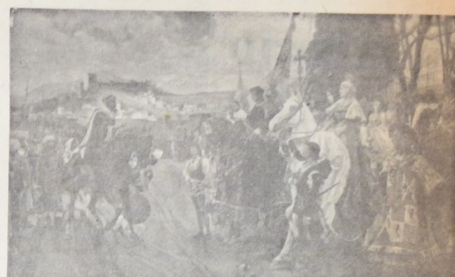
ticidad que el tiempo y las circunstan- cias imprimen a ciertos conceptos.

Sin embargo, no es de creer que el tiempo actual ni las nuevas circuns- tancias —Granada es hoy la tercera

ciudad turística de España y la un- décima de Europa, según estadísticas— aconsejen cosa distinta de esta, es ne- cesario entregarse en brazos de Gra- nada sin mostrar prisa alguna por que



Al fondo, los rojizos torreones del pataceo y fortaleza árabe de la Alhambra. En primer término, las viejas murallas que encerraban la ciudad mora. Como fondo de todo, las crestas de Sierra Nevada.



Boabdil, último rey moro de Granada, entrega la llave de la ciudad a los Reyes Católicos el 2 de enero de 1492. Con esta rendición acababa el dominio árabe en España, mantenido durante ocho siglos.— (Cuadro de Pradilla).

el abrazo acabe. Granada no es una de esas ciudades que nos podemos llevar prendidas en breves pinceladas de pintoresquismo, porque su sabor está más en la entraña que en la superficie. Ello es, por otra parte, inherente en mayor o menor grado a toda ciudad patinada por los elementos históricos: o se penetra en ella y ella penetra en uno, o se la abandona sin haberla conocido. En Granada hay que hacer turismo de compensación. Y para ello no hay mejor hora que la del atardecer ni mejor compañía que la de un espíritu cultivado, o la nuncia- ción bien ponderada compañía de la soledad.

Si hemos sabido verla así, ella misma nos hará volver los ojos de vez en vez como a su último rey moro, para suspirar al sesgo de algún camino cuando calculemos que ya no se dejará ver más. Y si nos ha quedado intacta la difícil capacidad de sintetizar nos acompañará una doble imagen de Granada: la que nació en el medioevo, árabe con el peculiar arabismo de Al-Andalus y la que se alzó en piedras oscuras a renglón seguido de la conquis-

ta cristiana.

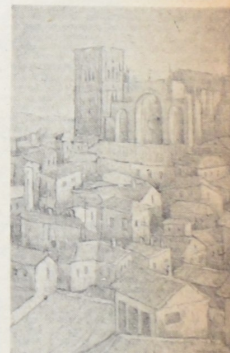
Aunque la investigación histórica, en su búsqueda afanosa cale demasia- do hondo en cuanto al origen de la ciudad, llegando a ver una primitiva Granada túrdula, la urbe que hoy se apaña en torno a las torres que fueron un día de los sultanes —es decir, la única Granada conocida en lo in- ternacional— es la que nació del con- cepto de la vida y de la cultura mu- sulmanes. Esa doble Granada, la de los mahometanos siglos XIII y XIV y la de los cristianos XVI y XVII es la que imprime el carácter de su conju- ción a la gran ciudad turística de hoy.

Arriba, sobre el monte de la Assabi- ka, la Alhambra amurallada, barro y encaje de los reyes alhamares. Abajo, entre el casco urbano derramado por el valle, las iglesias renacentistas y ba- rrocas, piedras y oro de las majestades del imperio hispánico —cuyas figuras iniciales —los Reyes Católicos— re- posan en su cripta granadina de so- lemnidad escalofriante.

En el lejano recuerdo queda la dulce melancolía de las tardes en los patios alhambrenos con jardín de vege- tación armoniosamente anárquica, donde el mirto, el arrayán, el naranjo y el ciprés —elementos verdes in- dispensables en el jardín arabigo-an- daluz— juegan en desorden en tanto la fuente orlada de versos murmura, dejando escapar monotonamente del surtidor "líquida planta que se con- funde a los ojos con las joyas sólidas", porque así la cantaron en hermosas "cansadas" los creadores de la Alhambra, guerreros y poetas oriundos del seco desierto africano.

Granada, ciudad dormida sobre el tiempo, dormida hasta en los actos conmemorativos de su conquista, es la ciudad típica para el recuerdo. Hay mucha bella melancolía en Granada y hasta creo que, en el fondo, en mu- chos de los granadinos que cada día de enero vitorean ante el pendón de Castilla y sacuden el badajo de la famosa campana de la Vela se podría encontrar secreto y atractivo regusto de volver a vestir chibla y babuchas y de dedicarse a intrigar astuta y ca- llidamente para ver caer verticalmen- te a cualquier familia en candelero.

Boetón, enero de 1953.



La catedral de Granada es el primer monumento del Renacimiento español en la Península y uno de los de mayores dimensiones. Desde cualquier ángulo de la ciudad se divisa su enorme torre inacabada y su fachada principal, modelo de equilibrio renacentista, trazada por Alonso Cano. (Siglo XVI). — (Cuadro de Manuel Cano. S. Rivero).